

LA DUQUESA JOB

A Manuel Puga y Acal.

En dulce charla de sobremesa,
mientras devoro fresa tras fresa
y abajo ronca tu perro Bob,
te haré el retrato de la duquesa,
que adora á veces el duque Job.

No es la condesa que Villasana
caricatura, ni la poblana
de enagua roja, que Prieto amó;
no es la criadita de pies nudosos,

ni la que sueña con los gomosos
y con los gallos de Micoló.

Mi duquesita, la que me adora,
no tiene humos de gran señora:
es la griseta de Paul de Kock.
No baila *boston*, y desconoce
de las carreras el alto goce,
y los placeres del *five o'clock*.

Pero ni el sueño de algún poeta,
ni los querubes que vió Jacob,
fueron tan bellos cual la coqueta
de ojitos verdes, rubia griseta
que adora á veces el duque Job.

Si pisa alfombra, no es en su casa,
si por Plateros alegre pasa
y la saluda Madame Marnat,
no es, sin disputa, porque la vista,

sí porque á casa de otra modista
desde temprano rápida va.

No tiene alhajas mi duquesita,
pero es tan guapa y es tan bonita,
y tiene un cuerpo tan *v'lan*, tan *pschutt!*
de tal manera trasciendé á Francia,
que no le igualan en elegancia
ni las clientes de Hélène Kossut.

Desde las puestas de la Sorpresa
hasta la esquina del Jockey Club,
no hay española, yankee ó francesa,
ni más bonita, ni más traviesa
que la duquesa del duque Job.

¡Cómo resuena su taconeo
en las baldosas! ¡Con qué meneo
luce su talle de tentación!
¡Con qué airecito de aristocracia

mira á los hombres, y con qué gracia
frunce los labios—¡Mimí Pinson!

Si alguien la alcanza, si la requiebra,
ella, ligera como una cebrá,
sigue camino del almacén;
pero ¡ay del tuno si alarga el brazo!
Nadie le salva del sombrillazo
que le descarga sobre la sien.

¡No hay en el mundo mujer más linda
Pie de andaluza, boca de guinda,
esprit rociado de *Veuve Clicqot*;
talle de avispa, cutis de ala,
ojos traviosos de colegiala
como los ojos de Louise Theol

Agil, nerviosa, blanca, delgada,
media de seda bien estirada,
gola de encaje, corsé de ¡*crac!*

nariz pequeña, garbosa, cuca,
y palpitante sobre la nuca
rizos tan rubios como el coñac.

Sus ojos verdes bailan el tango;
nada hay más bello que el arremango
provocativo de su nariz.
Por ser tan joven y tan bonita,
cual mi sedosa, blanca gatita,
diera sus pajes la emperatriz.

¡Ah! tú no has visto cuando se peina,
sobre sus hombros de rosa reina
caer los rizos en profusión!
¡Tú no has oído qué alegre canta,
mientras sus brazos y su garganta
de fresca espuma cubre el jabón!

¡Y los domingos!... ¡Con qué alegría
oye en su lecho bullir el día

y hasta las nueve quieta se está!
¡Cuál se acurra la perezosa,
bajo la colcha color de rosa,
mientras á misa la criada va!

La breve cofia de blanco encaje
cubre sus rizos, el limpio traje
aguarda encima del canapé;
altas, lustrosas y pequeñas,
sus puntas muestran las dos botitas,
abandonadas del catre al pie.

Después ligera, del lecho brinca;
¡oh, quién la viera cuando se hinca
blanca y esbelta sobre el colchón!
¿Qué valen junto de tanta gracia
las niñas ricas, la aristocracia,
ni mis amigas de cotillón?

Toco; se viste; me abre; almorzamos;
con apetito los dos tomamos

un par de huevos y un buen beefsteak,
media botella de rico vino,
y en coche, juntos, vamos camino
del pintoresco Chapultepec.

Desde las puertas de la Sorpresa
hasta la esquina del Jockey Club,
no hay española, yankee ó francesa,
ni más bonita ni más traviesa
que la duquesa del duque Job.

LA ABUELITA

Tres años hace murió Abuelita;
cuando la fueron á sepultar,
deudos y amigos en honda cuita
se congregaron para llorar.

Cuando la negra caja cerraron,
curioso y grave me aproximé,
y al verme cerca, me regañaron
porque sin llanto la contemplé.

Dolor vehemente rápido pasa;
tres años hace que muerta está,
llovieron penas, y nadie, en casa,
de mi abuelita se acuerda ya.

Yo solo tengo luto y tristeza,
y su recuerdo fuerza cobró,
como del árbol en la corteza
se ahonda el nombre que se escribió.

TRISTISSIMA NOX

I

¡Hora de inmensa paz! Naturaleza,
entregada en las horas de la noche
á insomnes trasgos y fantasmas fieros,
breves instantes dormir parece
en espera del alba. Cae el viento,
con las alas inmóviles, en tierra;
duerme la encina; el lobo soñoliento
se tiende dócil y los ojos cierra.

Es el inmenso sueño, el sueño breve
que no agitan las lluvias torrenciales,

y sólo turban, en el duro invierno,
 lentas lloviznas ó menuda nieve.
 Es el inmenso sueño; paso á paso
 la pantera que ha poco devoraba
 á la mísera res, busca en silencio
 el hediondo cubil; ya no se oye
 de la culebra rápida el silbido,
 yentre grandeslumbradas, que alimentan
 las rajás crepitantes de la encina,
 recuéstase el viajero de los bosques
 al lado de su vieja carabina.

Todo reposa: por los aires huye,
 tras diabólica bruja, el ágil duende,
 se aproxima la luz, el mal concluye,
 suben las almas y la paz descende.

II

La noche es formidable: hay en su seno
 formas extrañas, voces misteriosas;
 es la muerte aparente de los seres,
 es la vida profunda de las cosas.

Dios deja errar lo malo y lo deforme
 en las sombras nocturnas; de su encierro
 salen brujas y fieras y malvados;
 en el dormido campo ladra el perro,
 maulla el gato negro en los tejados.
 Pueblan el aire gritos estridentes;
 ya de infeliz mujer es el quejido,
 ya el trote de caballos invisibles
 ó de salvaje hambriento el alarido;
 plegarias, maldiciones y sollozos;
 cantos de bardo; cláusulas tremendas
 de indignado profeta; el grito agudo
 de las aves nictálopes que pasan;
 el balar de la oveja en cuya nuca
 el leopardo feroz las uñas hinca;
 el confuso rumor de la hojarasca
 que remueve el venado cuando brinca;
 choque de escobas que en el aire azotan
 las malévolas brujas, y clamores
 de dolientes espíritus que flotan
 como cuerpos de niebla entre las flores;
 todo en violento remolino sube
 y al viajador errante aterroriza;
 todo en el aire negro se propaga,
 cuaja la sangre y el cabello eriza!

Bocas sin cuerpo gritan en la sombra;
 cruje la puerta de reseca tabla;
 los diablos llaman, el pavor nos nombra;
 el monte quiere huir y el árbol habla.

III

La noche es formidable: las pupilas
 que en su profunda obscuridad se abren,
 aparecen sangrientas en el lobo,
 de amarillo color en la lechuza.

Todas despiden luces infernales
 é iluminan la marcha silenciosa
 del gato montaraz y los chacales,
 la astuta comadreja y la raposa.

Sólo el fósforo brilla: en esos ojos
 que ardientes lucen como vivas fraguas,
 en los fuegos errantes de los aires,
 en las ondas plumizas de las aguas.

Cuando la luz expira, el color duerme:
 lo que vive en la sombra es negro ó pardo,
 tiene las cerdas ásperas del oso
 ó las manchas oscuras del leopardo.

Las plumas de los pájaros nocturnos
 con la densa tiniebla se confunden,
 y cual delgadas láminas, hirsutas,
 en la carne se hunden.

Cuanto en la noche tenebrosa alienta,
 es tardo en el andar, torpe en el vuelo:
 la serpiente lucifuga se arrastra;
 en el alto ciprés se para el buho;
 el cuervo acecha; lo que vuela baja,
 y, cautelosa, la terrible hiena
 despacio marcha y vigorosa encaja
 las garras inflexibles en la arena.

IV

La noche no descende de los cielos;
 es marea profunda y tenebrosa
 que sube de los antros: mirad cómo
 aduénase primero del abismo
 y se returce en sus verdosas aguas.

Sube en seguida á los rientes valles,
 y, cuando ya domina la planicie,
 el sol, convulso, brilla todavía

en la torre del alto campanario,
y en la copa del cedro, en la alquería,
y en la cresta del monte solitario.

Es náufraga la luz: terrible y lenta
surge la sombra; amedrentada sube
la triste claridad á los tejados,
al árbol, á los picos elevados,
á la montaña enhiesta y á la nubel
Y cuando al fin, airosa, la tiniebla
la arroja de sus límites postreros,
en pedazos, la luz, el cielo puebla
de soles, de planetas y luceros!

V

Y con ellas se van la paz amiga,
la dulce confianza, el noble brío,
de quien, alegre, con vigor trabaja;
y para consolarnos, mudo y frío,
con sus alas de bronce el sueño baja.

Entonces todo tímido se oculta:
en el establo, los pesados bueyes;
en el aprisco, el balador ganado;
en la pequeña cuna, la inocencia;
en su tranquilo hogar, el hombre honrado,
y el recuerdo impasible, en la conciencia.

Mil temores informes y confusos
del hombre y de los brutos se apoderan;
en la orilla del nido, vigilante,
el ave guarda el sueño de su cría
y esconde la cabeza bajo el ala;
el noble perro con mirada grave
interroga la sombra y ver procura;
los caballos, piafando, se encabritan
y con pavor ó sobresalto evitan
los altos montes y la selva oscura.

Si en la extensa llanada le sorprende
con su cortejo fúnebre la noche,
el potro joven á su hermano busca
y en su lomo descansa la cabeza.

Todo tiende á juntarse en esta hora,
 todo en la vasta soledad se hermana,
 hasta que alegre, la triunfal diana,
 en el áureo clarín toca la aurora.

VI

También el alma se compunge ¡oh noche!
 en tu ébano profundo. ¡Cuántas fieras,
 á tu favor alzándose, ya graznan
 como torvas lechuzas; ya semejan
 endriagos fabulosos; ora rugen,
 ora con voz tristísima se quejan.
 Son los sueños; habitan las cavernas
 invisibles del aire, ó bien se ocultan
 dentro del propio sér; la luz evitan,
 y para ser visibles y palpables
 el fondo de la noche necesitan.

Se acercan; con sus garfios y tenazas
 de retorcido bronce, al lecho llegan,

y á nuestra boca, trémula de espanto,
 labios helados y viscosos pegan.
 Éste, iracundo, con sus pies de cabra
 las sábanas araña; aquél, riendo,
 muestra los agudísimos colmillos;
 ése, felino monstruo, nos contempla
 con sus enormes ojos amarillos.

Ya el toro rebramando nos persigue;
 ya, vivos, en la fosa nos entierran;
 ya, como el ave, rápidos hendemos
 el aire tenue, cuando abrupto flanco
 destroza nuestras alas y caemos
 al fondo pedregoso del barranco.

Otras veces también, sombras dolientes
 por soberano astrólogo evocadas,
 pasan ante los ojos impacientes
 las figuras amadas:
 la madre que del seno de la fosa
 nos llama y acorrerla no podemos;
 el padre ausente, la culpable esposa

que en otros brazos, iracundos, vemos!
 Y si en el lienzo obscuro se perfila
 la casta sombra de la amada muerta,
 huye el sueño veloz de la pupila,
 y el dolor, sollozando, se despierta!

VII

En medio de la horrible pesadilla
 trazan, á veces, los traviesos duendes
 grotesca historia, lances inconexos,
 figuras que parecen retratadas
 en espejos convexos.
 Como frisos de gnomos que entrelazan
 canijas piernas, en tumulto cruzan
 enanos retozones que se abrazan
 y en el aire sus miembros desmenuzan.
 Ata nuestra garganta férreo nudo,
 y entre el bullicio de la turba loca
 sentimos del murciélago velludo
 las repugnantes alas en la boca.

VIII

Cuando al enfermo espíritu no asaltan
 pueriles y fantásticos terrores,
 basta para amargar nuestra vigilia
 el recuerdo tenaz de los dolores.
 En tanto que la luz el cielo inunda,
 dormitan en su celda los recuerdos;
 mas, como hileras de callados monjes
 que el claustro cruzan, y á rezar maitines,
 calada la capucha, entran al coro,
 así, ceñudos, los recuerdos vienen
 cuando la noche lúgubre promedia,
 y torvos junto al lecho se detienen
 levantando sus cantos de tragedia.

IX

¡Ah! ¡Con cuánta ansiedad espera el alma
 como el árbol y el pájaro, la hora
 que sobresaltos y temores calma,

luctuosa madre de la rubia auroral
También la prisionera, la cautiva
del miserable cuerpo, luz desea,
como la flor que en sótanos oscuros,
buscando la enrejada claraboya,
trepa difícilmente por los muros.

Un sosiego infinito se difunde
en alcobas y campos: el enfermo
cierra, por fin, los párpados cansados;
y la esposa que vela diligente,
ahogando los sollozos de su pecho,
deja ya de rezar, dobla la frente,
y duerme fatigada al pie del lecho.

Todo es blando rumor: en la cornisa
la golondrina matinal gorjea,
y alegre llama á la primera misa
la aguda campanita de la aldea.
Cerrado está el cancel, la iglesia oscura;
pero ya se oye en la pequeña nave
la tos cascada del anciano cura
y el rechinar de la vetusta llave.

Se aproxima la luz: el gallo canta:
pronto al primer agudo cacareo
otro en la casa próxima contesta,
y luego cien y mil: la ranchería,
las dispersas cabañas, los corrales,
elevan la sonora greguería
con que saludan al albor del día
los vigilantes gallos matinales.

A la voz de la alondra, en los encinos
los zenzontles contestan: los pinzones
con las tórtolas charlan en los pinos,
y en el fresno rebullen los gorriones.
El leñador, de cuyo fuerte cincho
el hacha cuelga, deja su cabaña;
y suena y se propaga en la montaña
de los nobles caballos el relincho.
El toro lentamente se endereza,
alza el testuz, sacude la cabeza,
y prorrumpe en mugido prolongado.
Corre el ágil lebrel. Madrugadores,
se alejan los alegres cazadores
por los límites verdes del poblado.

X

¡Oh, luz! ¡oh, claridad! ¡oh, sol! ¡oh, día!
 á ti se vuelve la creación entera!
 De tu mirada brota la alegría;
 de tu beso nació la primavera!
 No apareces aún y ya presente
 tu aparición la tierra jubilosa:
 escucha tus pisadas en la cumbre
 del nevado volcán; por cada poro
 quiere absorber la maternal frescura,
 y en tanto Venus sus pestañas de oro
 abre curiosa en la celeste altura.

No apareces aún, y todo canta!
 Impaciente la vida ya despierta,
 más temprano que el alba se levanta
 para esperarte ¡oh, virgen! en la puerta.
 Te precede el perfume: los jilgueros
 se empinan en las ramas temblorosas,
 y tus heraldos, leves y ligeros,

van derramando perlas en las rosas!
 En la alcoba que aún tan sólo espías,
 bocas enamoradas cuchichean,
 y en los encajes de la luz que envías
 almas de nuevos seres aletean.
 Solícitas bajando por las lomas
 á la luz del lucero matutino,
 corren las brisas esparciendo aromas
 en la atmósfera azul de tu camino.
 Y como lluvia de purpúreas flores
 caída de las pálidas estrellas,
 bajan los sueños lúbricos, de amores,
 al lecho virginal de las doncellas.

XI

¡Oh, luz! ¡oh, claridad! ¡oh, sol! ¡oh, día!
 La tierra, como casta desposada
 que espera, en el umbral de la alquería,
 de blancos azahares coronada,
 púdica y amorosa se estremece,
 los niveos brazos en el pecho junta,

y con trémula voz, que desfallece,
por su amado á los céfiros pregunta.

¡Vas á llegar! Estremecida y muda
la novia espera en el hogar abierto;
y con voz formidable te saluda
el soberbio elefante en el desierto.
El carro solitario de la Osa
halla en el mar incógnita guarida,
y, vencedora al fin, surges radiosa
¡oh, luz! ¡oh, claridad! ¡oh, soll ¡oh, vidad!

LAS ALMAS HUÉRFANAS

I

En las noches de insomnio medroso,
en el lecho, ya extinta mi lámpara,
por la sombra, cual niño extraviado
que no encuentra, y la busca, su casa,
va llorando, pidiendo socorro,
por la sombra infinita mi alma.

Desconozco los sitios que cruzo;
yo no he visto jamás esas caras;
tienen ojos y á mí no me miran;
tienen labios y á mí no me hablan.